



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 111 77

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 7 DE FEBRERO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MÉDICO

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las enfermedades de los ganados.

Sueros.—Normal, antidiarréico, antituberculoso, antiestreptococcico, polivalente y artificial de Cheron.

Jugos orgánicos.—Aplicación para el método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y en el laboratorio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CANDIDO

MURALLA DEL MAR, 83

CARTAGENA

Teléfono número 30. Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

EN PLENO CONFLICTO

El que amenazaba estallar entre tagalos y yankis ha sobrevenido al fin. Las contemporizaciones del gabinete de Washington, encaminadas á evitar el rompimiento antes de ser aprobado en el Capitolio el tratado de paz yanki-español, se han estrellado contra la impaciencia de los filipinos que exigen la independencia á todo trance.

La diplomacia de Dewey no ha servido de nada. Las gestiones de Ollis para ganar tiempo no han sido mas que tiempo perdido. El conflicto ha estallado, y al cruzar las balas de uno á otro campo sembrando la muerte, ha quedado abierto entre los beligerantes un abismo de odio.

Los telegramas que dan cuenta del suceso no lo detallan. Se sabe que los secuaces de Aguinaldo rompieron el fuego sobre los americanos que rodean Manila, que éstos se defendieron, atacando

después, llegando á posesionarse de las avanzadas del campo enemigo. Pero esto que se sabe no lo dicen los tagalos, porque no tienen comunicaciones cablegráficas con Europa, ni lo dicen personas imparciales, por que no se les consiente que cablegráfen nada contrario al prestigio de América; lo dicen los yankis, los que tienen interés en ocultar cualquier fracaso si lo hubiera, los que ejercen el monopolio de las comunicaciones sometiendo éstas á una censura tan rigurosa como inverosímil.

De escaramuza califican los americanos el combate librado en Manila. Ciertamente que conceden poco valor á ese primer encuentro con los filipinos. Catorce horas de fuego que han costado á los yankis, según confesión propia, algunos muertos y cincuenta heridos, son elementos de tal importancia para apreciar el valor de la acción, que sin esperar otras noticias menos interesadas que las que tenemos, se puede asegurar que no ha sido escaramuza, sino algo más

importante, la función de guerra con que han abierto los tagalos la campaña contra los yankis.

Tal vez tienen éstos razón al apropiarse la victoria; pero aun siendo ésta verdadera, se ha de reflejar en los Estados de la Unión Americana como si fuese una derrota y ha de influir sobre los senadores del Capitolio para decidirlos á votar en contra de los sueños de ambición de Mac-Kinley.

Si los americanos piensan con madurez de juicio en la situación que les crea la retención del archipiélago contra la voluntad de los indígenas, retrocederán, seguramente, ante los enormes sacrificios que les impondrá la guerra. En tal caso los filipinos serán independientes porque no será aprobado el tratado de París; pero esa independencia se levantará sobre la ruina de Mac-Kinley, el político más ambicioso y vulgarote del presente siglo.

Su avaricia nos arrancó innoblemente el archipiélago magallánico; pero la justicia divina va preparando las cosas para que no lo disfrute.

TIJERETAZOS

¿Hablaban ustedes de mi pleito? Pues aquí trae los papeles el propio cónsul de Bélgica en Manila.

¿Saben ustedes lo que dice ese respetable funcionario? Que en Luzón hay ochenta mil insurrectos armados.

Y que el conflicto pendiente entre filipinos y americanos, traerá resultados desastrosos para estos últimos.

Más claro: que les va á arder el pelo á los yankis.

Bajo el título *Frio en los huesos*, publica un periódico catalán el relato tristísimo de la llegada á un hospital de un barco español.

Hé aquí lo que hace trillar de f lo al colega:

«Durante la tarde última han fallecido en el hospital siete soldados.

«El capellán del hospital ha estado toda la noche administrando los Sacramentos.

«El número de soldados sacramentados es de noventa.»

Si, eso da mucho frío; casi se siente helado el corazón.

Y mientras esos infelices soldados se mueren y el pobre cura pide á Dios la salvación del prójimo, las estudiantinas recorren las calles de los pueblos de España, anunciando la aproximación del Carnaval.

¡Eso sí que dá frío!

Como que para verlo se necesita ponerse el gabán y envolverse en la capa.

Y no se entra en calor... por que donde se siente el frío—un frío terrible—es en el alma.

GLORIAS NACIONALES

Combate de Abtao.

7 de Febrero de 1866.

El 20 de Enero de 1866, hallándose en aguas de Valparaíso la escuadra española que, al mando del Ilustre y glorioso Méndez-Núñez, operaba en el Pacífico contra las fuerzas aliadas de Chile y Perú, se acordó en junta de jefes que, al mando respectivo de D. Claudio Alvargonzález y de D. Juan Bautista Topete, las fragatas «Villa de Madrid» y «Blanca» marcharan en busca de los barcos enemigos; acuerdo que se puso en práctica al siguiente día.

El 4 de Febrero avistaron nuestros barcos la isla de Chiloe, de grata memoria por lo locales que fueron sus habitantes á España durante la guerra separatista, y convenidos Alvargonzález y Topete de que la escuadra no se encontraba en aquellas costas, avanzaron por un canal que les conducía á la ensenada de la isla de Abtao, y en el supieron que los barcos enemigos estaban fondeados en el interior de esta isla.

Sin vacilaciones de ningún género, se encaminaron á este y no tardaron en llegar á la vista de lo que buscaban.

La escuadra enemiga compuesta de la fragata «Ampurima», de las corbetas «América» y «Unión» y de la que

fué nuestra goleta «Covadonga», se hallaba prevenida para el combate, con los cañones enfilados al canal y en formación de horradura.

La empresa que iban á intentar era tan difícil como peligrosa. Para ponerse á tiro del enemigo tenían que avanzar por el canal que enfilaba aquel con sus cañones, y como este era muy angosto y ofrecía peligros para los barcos de gran porte, y además carecían de cartas geográficas y de prácticos, el riesgo que iban á correr era grande y solo natural en corazones tan animosos y esforzados como los de Alvargonzález y Topete. Cuando estos dos ilustres marinos trataban del modo que habían de avanzar, el primero dijo al segundo: «Esto es muy sencillo: avanzará con mi buque hasta colocarme en el centro de la escuadra enemiga y la cañonearé con las dos bandas.»

Defendían la boca de la bahía numerosas lanchas tripuladas por soldados y algunos cañones emplazados en las alturas que existen á los lados del canal: la artillería española herida, tales estorbos, y la «Villa de Madrid» y la «Blanca» avanzaron por el canal y, metieron valerosamente á los barcos coaligados produciéndoles graves averías, sin lograr que abandonaran sus fondeaderos nada mas que para trasladarse al otro lado de la isla, á fin de ponerse á cubierto del fuego que les hacía la escuadrilla española. Esta les perseguía con sus fuerzas alertas, y como la noche se echaba encima, se retiró para dar descanso á la marinería y repostarse.

A la mañana siguiente penetraron nuevamente nuestros barcos en el canal hieleron un agua de ataque, y visto que el enemigo no contestaba al reto, se retiraron de aquellas aguas, con la satisfacción de haber castigado al contrario y de ver que rehuyaba el combate á que se le provocaba.

El bachiller Alonso de Zamora (Prohibida la reproducción.)

COMUNICADO

Cartagena 7 de Febrero de 1899. Sr. Director de El Eco de Cartagena. Muy Sr. mío y de mi respeto: suplico

—Véte, dijo á Lucas Cabezudo.
—Si, si, me voy, dijo Lucas; voy á ponerme de centinela debajo del balcon del retrato donde está encerrado el marqués de Leganés: si antes de que yo vuelva necesitáis salir, abrid ese otro balcon, sillab, y yo acudiré.
Lucas Cabezudo salió.

XI

Doña Esperanza asió nerviosa, pálida, consternada, una mano de Mr. de la Chamliere.
—Soy vuestra, dijo; me entrego á vuestro honor y á vuestra lealtad: ¿habéis oído?
—Sí; he llegado á tiempo de oirlo todo.
—Ya veis lo que me sucede: los dos únicos hombres á quienes conocía han muerto: el almirante hace un año; hace tres días el marqués de Castroviejo: estoy sola en el mundo.
—Sola no mientras yo exista, dijo Mr. de la Chamliere, mirando con un verdadero enamoramiento á doña Esperanza, que estaba hermosísima.
—¡Oh, gracias, amigo mio, gracias! Me consolais mucho, me consolais completamente; pero quiero salir de aquí, no quiero estar ni un momento mas en esta casa: no os será gravosa, soy rica.

—¡Rico! dijo Mr. de la Chamliere, á quien no parecía mal la riqueza de una joven tan hermosa que estaba loca por él.
—Rico, si, dijo doña Esperanza: sentaos, y oid.

XII

Se sentaron el uno junto al otro.
—Hace seis meses, dijo doña Esperanza, cuando fué desterrado de la corte el marqués de Castroviejo, vino á casa acompañado de dos criados que traian un cofre pequeño, pero pesado, y le dejaron en esta cámara; y cuando hubimos quedado solos el marqués y yo, el marqués cerró la puerta y abrió el cofre, que estaba lleno de oro.
—Aquí hay cien mil ducados en dolones de á ocho y muchas ricas alhajas, que valen próximamente otros cien mil ducados: no destierran; sabe Dios si volveré á la corte; sabe Dios si no se contentarán con que viva á algunas leguas de ella, y me mandarán que salga del reino, sin permitirme que lleve nada conmigo; puedo además morir de un momento á otro; estoy viejo, achacoso y trabajado por la desgracia; no quiero que por ningún accidente que pueda sobrevenir seas tú desheredada; seas

—¿Y por qué fuisteis allá? le preguntó doña Esperanza.
—Por vos; y solo por vos, respondió Mr. de la Chamliere.
—¿Por mí?
—Sí; quería saber quién érais; doña Esperanza.
—¡Ah! entonces vos no me amáis; porque ¿qué le importa á un hombre saber quién es la mujer que ama, si la ama? ¿El amor, que está sujeto á condiciones, no es amor. ¿He pretendido yo averiguar quien sois? Me han dicho que sois un gentil hombre á Felipe V, que sois á un coronel de caballería; que allá en Francia habéis sido capitán de unos cuantos negros.
—Luego vos también os habéis informado, señora.
—No, me lo han dicho, que no es lo mismo que haberlo yo preguntado: lo he averiguado sin que yo le mandase averiguarlo, el buen Lucas Cabezudo, que me ama, y me ha dicho lo que no hubiera querido oír.
—¡Calumnias sin duda.
—Sean ó no calumnias, he sabido que tenéis una vida desarreglada, que no gozáis de buena reputación; que os habéis de vuestra fortuna con las mujeres, y que allá en Verónica de habéis mezclado en intrigas poco nobles; que estáis arruinado, y que si